

Entonces ^{la} tempestad

Héctor Julio García Gaona

Hambrienta
una golondrina canta
sin poder romper el huevo.

PAUL AUSTER

El despertador se activó a las cinco de la madrugada. Victoria ya estaba despierta para entonces. Permanecía recostada en la cama escuchando los ruidos de la calle. Tenía los ojos abiertos y estaba ligeramente desnuda. Raúl, a su lado, estirado a lo largo y boca abajo, aún dormía.

—Es hora —susurró y recogió la manta de seda que cubría a Raúl.

—Aún es temprano —dijo él con voz cansada.

Victoria dejó la cama y caminó hacia la ventana de la habitación. Tomó un cigarrillo de la cajetilla sobre el mueble. Corrió el pesado cortinaje de la ventana y la abrió para salir al balcón. El aire tibio de esa madrugada se deslizó por su torso desnudo. Los senos le temblaron un poco y, al verlos brillar bajo la luz de la cerilla, recordó que ese día tendría que reclamar los resultados en el laboratorio de Amanda. Encendió el cigarrillo y la primera bocanada la tranquilizó.

“No puedo olvidar el dinero”, pensó. Desde el balcón podía observar las copas de los árboles y el prado del parque. En la esquina





posterior un semáforo permanecía en verde. Fumó sin prisa, abrazando su torso.

La posibilidad de un cáncer avanzado y fulminante le había rondado la cabeza durante toda la semana. Los bultos cerca a los pezones habían empezado a dolerle más de lo usual. Tatiana, su compañera de oficina y prima de Amanda, le recomendó el examen cuando Victoria le confesó los malestares la mañana en que se mareó y tuvo náuseas.

—¿No fue, al fin, por eso que murió tu mamá? —preguntó Tatiana esa mañana.

—Sí —repuso Victoria—. Pero tú sabes que en lo de mamá tuvo que ver más el alcohol.

—Es un simple examen. Además hay más posibilidades...

—No seas boba —dijo Victoria con una expresión de sorpresa en el rostro—. Yo soy puntual con las pastillas. Él no me lo perdonaría.

—Y... ¿cómo están?

—Sabrá Dios.

—¿No se lo has dicho? —preguntó Tatiana, incrédula.

—No ha llegado el momento.

—Parece una excusa para no hacerlo —dijo Tatiana en tono de burla.

—No será sencillo, además... hace unos días quise decírselo pero llegué cansado, directo a dormir —dijo Victoria y guardó silencio, tratando de evadir la mirada de Tatiana.

En ese momento Victoria escuchó correr el agua en la ducha. Apagó el cigarrillo y entró a la habitación.

“Hoy se lo pregunto”, pensó animada mientras ordenaba la sábana de seda sobre la cama y buscaba la blusa. En la ducha, Raúl

tarareaba una canción de Frank Sinatra que a Victoria nunca le gustó. Encendió el estéreo para escuchar las noticias. Buscó las sandalias debajo de la cama y se calzó. Luego caminó hacia la cocina y encendió la luz. Sacó un sartén del gabinete superior y dos huevos de la nevera. En ese momento el agua dejó de correr en la ducha. “Debo decírselo hoy”, pensó de nuevo.

—¿Tienes una gillette? —preguntó Raúl desde el baño.

Victoria bajó el fuego y fue hasta la puerta del baño para responder.

—Sí, están en el gabinete superior —dijo. Luego tomó del mueble un recibo y lo llevó al comedor para volver a la cocina.

Cuando Raúl salió del baño, perfumado y vestido de traje, Victoria aguardaba por él en el comedor. Había estado pensando en los dos años que llevaba a su lado mientras revolvía largamente un café que, sin embargo, le volvería a parecer amargo.

Raúl se acercó a la mesa, apurado, atándose el reloj a la muñeca derecha.

Una voz sutil transmitía noticias por la radio. Victoria sintió el perfume de Raúl y quiso, de repente, abrazarlo. Permaneció sentada mezclando el café, mirando, ida, el recibo sobre la mesa, luchando en silencio para no ponerse en pie y darle un abrazo lastimero, que era lo único de lo que en realidad sentía ganas en aquel momento. Un abrazo que le evitara pronunciar palabra. Un abrazo en el que se resumiera la despedida. Luchaba, muy en el fondo, contra ese impulso, porque recordó las cosas bellas y la promesa de formalizar la vida juntos. Lo miró de soslayo y repitió la sonrisa que Raúl le dio mientras se sentaba a la mesa.

—¿Qué harás hoy, amor? —preguntó Raúl mientras se servía el jugo de naranja que más le gustaba.

—Debo pagar ese recibo —dijo ella señalando el papel azul que había estado observando. Luego miró a Raúl y se puso en pie para acomodarse en la silla.





Raúl tomó el recibo de la mesa y reparó en la cifra.

—Está bien.

Hubo un breve silencio en el que Victoria suspiró. No estaba cómoda en la silla. Se movía un poco a lado y lado, y seguía agitando el café haciendo trinar la porcelana de la taza.

—Raúl, no voy a posponerlo más —dijo Victoria con voz entrecortada—. Quiero preguntártelo de nuevo y esta vez quiero una respuesta.

—¿Otra vez el mismo tema! —dijo Raúl alzando la voz más de lo usual, frunciendo el ceño.

—No es el mismo tema. Hace dos meses me dijiste que ibas a hacerlo, que todo estaba dispuesto y, desde entonces nada ha cambiado.

—Sabes que no he tenido el tiempo —dijo Raúl suavizando la voz.

—Estoy cansada de que me digas eso cada vez que te lo pregunto.

—No es fácil, ya te lo he dicho y lo sabes muy bien.

—¿Quieres que me conforme con tu intención de hacerlo? —dijo Victoria, dejando la cuchara sobre una servilleta.

—No es eso lo que digo.

—Sí, ya sé lo que dices, pero eso es muy poco para mí. Quiero que lo entiendas —dijo ella buscando ahora los cigarrillos con la mirada.

—No, linda —dijo Raúl haciendo una pausa en el desayuno para tomar a Victoria por el hombro y mirarla fijamente a los ojos—. No es eso lo que trato de decirte. Todo va a estar bien, te lo aseguro.

Victoria movió el hombro para que Raúl la soltara, se puso de pie y fue por los cigarrillos. Raúl desayunó en silencio, pensando en que ya despuntaba el sol y que se le hacía un poco tarde. La prime-

ra reunión sería a las siete de la mañana y con el tráfico de la ciudad tendría el tiempo justo para llegar a la oficina.

—Más te vale —dijo Victoria mientras cruzaba al balcón.

—Déjame uno —dijo Raúl intentando cambiar el tema—. Ya estoy contigo.

Sobre el mueble, al lado de la cajetilla de cigarrillos, el celular de Raúl sonó. Victoria miró a Raúl, quien terminaba el desayuno.

—Todo estará bien —murmuró—. No pasará de esta semana, lo prometo.

Luego él se puso en pie y dejó los platos en el fregadero. Ya en el balcón, fumó el cigarrillo abrazado a Victoria. Los dos observaban las copas de los árboles que se mecían por el viento. El cielo empezaba a oscurecer por el oriente. Escucharon en la radio que el reporte para el día era de lluvia.

—¿Quién era? —preguntó Victoria.

—Todo estará bien, linda —dijo tratando de evitar una respuesta.

Fumaron en silencio respirando el aire tibio de la mañana.

—Me voy —dijo Raúl, con el cigarrillo a medio fumar, después de mirar el reloj—. Es tarde.

—Necesito un poco más de dinero. Debo pagar unos exámenes —dijo ella con voz pausada.

—No hay problema, toma. Te llamo en la tarde —dijo estirándole tres billetes.

—Déjalos en la mesa —repuso ella.

Se besaron y Raúl se marchó. Victoria lo vio abandonar el edificio en el automóvil gris de la compañía y luego volvió a la cama. El pensamiento sombrío de que la afección se debía a un cáncer volvió con más fuerza. Poco a poco, palpándose el seno izquierdo, sintió





que la enfermedad era una certeza, que los exámenes no habrían sido necesarios, que ese bulto cerca al pezón era ya algo irremediable y que pronto su condición sería visible a los ojos de sus compañeros de oficina. Pensó primero en cómo tomarían ellos su enfermedad. Silencios lastimeros y uno que otro consejo de buen ánimo, acompañado de anécdotas familiares que darían cuenta de cómo algún allegado superó el mal. Quiso, en ese instante, abandonar el trabajo, llamar a Tatiana y decirle que no volvería, que por favor la despidiera de todos. Jugó con la idea de morir pronto: ¿quién la lloraría? ¿Cuántos irían al sepelio? ¿Quién avisaría a la poca familia lejana que tenía? ¿Quién en verdad sentiría su muerte como un dolor insuperable? Ni siquiera Tatiana, pensó. Luego volvió a Raúl. Él no estaría a su lado. ¿No era eso lo que esperaba?, se preguntó. De una u otra manera, él terminaría por abandonarla. Recordó las palabras de Tatiana. La posibilidad de estar embarazada no era del todo ajena. Esas cosas pasan, pensó. En ese momento, Victoria sollozó sobre la almohada. En la radio el locutor entrevistaba a un cantante. Victoria escuchaba en la distancia las voces, sin comprender nada. Si me quiere tiene que hacerlo pronto, tiene que hacerlo ya, tiene que hacerlo hoy. Ese fue el orden que dio a sus pensamientos, ahí, con el rostro hundido en la almohada que conservaba aún el olor del cabello de Raúl. En el fondo de su corazón ella sabía que Raúl era incapaz de hacerlo y que su insistencia lo haría desistir de irse a vivir con ella. Han sido dos años lastimeros, pensó. Se dejó, de a poco, vencer por el sueño. Cuando despertó, dos horas después, llovía con fuerza. Se levantó a cerrar la ventana del balcón y apagó el estéreo sin prestar atención a las noticias de última hora. Luego abrió la ducha. Esperó a que el agua se calentara y se desnudó frente al espejo. Subió el brazo izquierdo y se palpó los senos. Con la mirada fija en su reflejo hizo una mueca, derrotada.

Era casi medio día cuando salió del banco. Tomó un taxi y sin pensarlo mucho dio la dirección del consultorio. Dejó caer la

cabeza sobre el cojín del sillón. Miró el paño del techo, pensando, ahora, en que morir no estaría mal. Suspiró un largo aliento. Buscó en el bolso el celular. Nadie la había llamado esa mañana. Cerró los ojos y esperó a llegar para abrirlos de nuevo. Decidió en el trayecto que lo mejor sería abrir el sobre después de hablar con Raúl por teléfono. Quería saber si podría o no contar con su apoyo, si no se había olvidado de ella. “Pero... lo mejor será enfrentar esto sola”, pensó.

A las dos de la tarde estaba de vuelta en el apartamento. Se sentía un poco enferma. Miró el celular y Raúl aún no llamaba. Se recostó con el celular cerca a la almohada. Cuando despertó, cerca de las seis, la lluvia había terminado. Se recompuso y miró el celular, Raúl no había llamado. Tuvo ganas de llorar y entonces en un impulso rabioso discó el número de Raúl. No vuelvas jamás, pensó en decirle. Sí, eso será lo mejor. Enfrentar esto sola. Timbró varias veces y él no contestó. Marcó de nuevo. En ese momento victoria reparó en que el piso estaba húmedo. La ventana del balcón había quedado ligeramente abierta. El agua debió filtrarse por ahí. El teléfono timbró unas ocho veces y Raúl no contestó. Maldito desgraciado, pensó. Llena de ira, mientras se ponía en pie, discó a la casa de él. Sobre la mesa esperaba el sobre con los resultados. Caminó hacia la ventana y la aseguró. No puede ser que no conteste, fue su siguiente pensamiento. El teléfono repicó ocho veces y nadie contestó. Volvió a la cama y se sentó a un costado. Con el rostro entre las manos rompió en llanto. Llamó de nuevo. Le dejó un mensaje y hasta nunca, pensó. El teléfono timbró una, dos... tres veces, luego escuchó una voz.

—Buena noche —dijo la voz femenina del otro lado.

Victoria guardó silencio. La voz que le hablaba sonaba afectada.

—Buenas noches —dijo Victoria tratando de mudar la voz, luego de reconocer la voz de Tatiana—. Busco al doctor Raúl Catillo.





La voz del otro lado rompió en llanto. Victoria escuchó que cerraban gabinetes y escuchó los sollozos de Tatiana. Sintió como si una corriente fría golpeará en su rostro. Lo hizo, pensó, el desgraciado lo hizo. Pero no fue de alegría que su corazón se llenó en aquel momento. Sintió pena por su amiga y pensó en que era justo que se las arreglara sola.

—¿Está todo bien? —preguntó Victoria.

Tatiana trató de tranquilizarse.

—Mi esposo no está —dijo y cortó.

Victoria colgó el teléfono en ese momento. Se levantó para asegurar la puerta principal del apartamento y apagar todas las luces. Fue hasta la ventana, la abrió y vio cómo el parque se sumía lentamente en una veteada oscuridad. Luego se recostó en su cama con los resultados en las manos. La almohada, que aún conservaba el perfume de Raúl, le produjo náuseas. La arrojó lejos y, por primera vez en dos años, se sintió en calma.